

Ctrl + Z moral: cuando el valor no es numérico

Desde hace ocho años, Rosa trabaja en la cafetería de la universidad. Todos la conocen: sirve el menú con una gran sonrisa, te pregunta cómo te fue en clases y siempre atiende con amabilidad. Sabe cuando un alumno está estresado solo por cómo arrastra la bandeja. Aunque todavía no entiende cómo los jóvenes escanean QRs y envían dinero a través de sus celulares, sí sabe lo exigente que es ser alumno en la UP. Por eso, suele conversar con sus clientes fieles y siempre tiene un buen consejo para ellos.

En los últimos tres años, Lucía fue su clienta de lunes a sábado. Una alumna destacada, siempre dispuesta a ayudar y a la que, sin dudarle, se le pide que revise el Word antes de enviar el trabajo final. Sus amigos la llaman “la futura economista MAES”. Como todos los martes, salió de su curso favorito “Responsabilidad de todos”. Era la REA y había notado que los promedios de las últimas PCs estaban bajos. Varios compañeros le pedían por privado que convenza a la profesora de bajarle el nivel a las prácticas. Eran demasiadas lecturas por examen. Lucía quería cambiar esta situación y optó por reservar un cubículo en el pabellón D para repasar con sus compañeros los últimos temas antes del próximo control. Además, les compartió resúmenes por Drive. Se notaba que le ponía corazón. Con el paso de las semanas, las notas del salón mejoraron y los mensajes de agradecimiento no paraban de llegar.

Una tarde, al término de su clase favorita del martes en el pabellón J, la profesora le pidió que se quede unos minutos. María era una docente exigente, respetada y siempre llevaba un café cargado consigo. Lucía se preguntaba que había hecho, esa frase no le inspiraba confianza, pero no era nada malo. Quería felicitarla por su último entregable. “Ha sido impecable”, resaltó la profesora. Lucía, entusiasmada por esas lindas palabras, cruzó Sanchez Cerro y fue al sexto piso del pabellón E para almorzar y contarle a Rosa lo sucedido.

Se quedó unas horas en la cafetería con su laptop y le pasó la voz a unas amigas para que estudiaran juntas. Mientras Lucía revisaba sus documentos, se percató de que ya había alcanzado la cantidad necesaria de créditos para empezar sus prácticas laborales. Estaba emocionada, aunque un poco asustada. Apenas estaba en sexto ciclo, no sabía si lo haría bien. Sin dudarle, se lo contó a la gente que más apreciaba. Luego de cinco CVs enviados, dos entrevistas de trabajo y muchos días con nervios, fue aceptada en Eco Group, una de las multinacionales más codiciadas por los alumnos de su carrera. Desde su primer día, se integró con disciplina. Su jefa Sonia, una mujer elegante, con tono firme y de buen porte, le delegó tareas casi de analista.

Ordenaba bases de datos, enviaba reportes impecables y proponía mejoras eficientes. Lucía no solo cumplía, destacaba tal y como le enseñaron en su casa de estudios.

Después de dos semanas, Sonia le comenzó a hablar con más confianza. Un viernes por la tarde, la llamó a su oficina. Lucía pensó que sería para revisar un informe, pero no. Cerró la puerta, bajó el tono y le dijo que estaba sorprendida por su desempeño. Le explicó que había ciertos procesos internos de los que no quedaban registros, pero que ayudaban a la empresa y a sus stakeholders. Si aceptaba participar en uno de ellos, recibiría una bonificación en efectivo. No era nada complejo, solo firmar unos documentos duplicados que todo el mundo firmaba. Lucía quedó congelada, tenía miedo de negarse, no quería parecer rebelde. Con la voz nerviosa, le pidió a Sonia tiempo para pensarlo. Ya era su hora de salida, se dirigió al Real Plaza Salaverry para despejar su mente y comprarse algo que la distraiga. De pronto, un mototaxista alto, vestido de delivery y cuya placa estaba visible en su chaleco, le arranchó su tarjetero. Desesperada, lo intentó alcanzar, pero el sujeto aceleró. Un par de minutos después su celular vibró como nunca. Eran cargos bancarios que no reconocía. Sus ahorros, los que había guardado para su intercambio en 2025-II, desaparecían mientras llamaba al banco. Bloqueó su tarjeta, pero ya le habían vaciado la cuenta. Todo parecía un mal sueño. Se le pasó por la mente la oferta que tenía en marcha, sonaba tentadora, ahora con mayor razón necesitaba ese dinero. Estaba confundida, necesitaba hablarlo con alguien. Encontró en su UP Experience un espacio libre en Consejería Estudiantil UP para hablar con Denis, una psicóloga de voz suave, alegre y una postura que emana confianza. Separó una cita, asistió y se pasó una tarde llena de consejos para Lucía. Definitivamente esa propuesta no era una opción para ella, sería botar a la basura todo lo que aprendió durante su formación académica. Al día siguiente, sin pensarlo dos veces, presentó su carta de renuncia.

La situación era complicada. Lucía no tenía dinero, trabajo, ni ánimos. Iba camino a la cafetería UP y en cuanto llegó, se quebró en llanto frente a Rosa. Ella la consoló y le invitó una torta de chocolate para elevar su serotonina, quería que se sintiera mejor. Le hizo entender que, aunque hacer lo correcto no siempre traerá recompensas, hacer lo incorrecto siempre dejará cicatrices. En ese instante, la pantalla del celular de Lucía iluminó la escena. Era un correo de la profesora María. Asunto: “¿Sigues buscando prácticas?”, acompañado del mensaje “Estoy en busca de una asistente para el proyecto de una Startup. Me acordé de ti”. Lucía puso su mano en el pecho, no podía asimilar al mensaje. Inmediatamente lo contestó. Tres semanas después ya estaba en su nuevo empleo. Claro, era un sueldo menor y en una empresa más pequeña, pero que le ofrecía algo irremplazable: una conciencia tranquila.